

El pulpo está crudo

Luis Pescetti

Ilustraciones de O'Kif

loqueleg

A Amelita Elía y Carlos Varela

EL NARRADOR

—**C**ierto día iba Caperucita por el bosque de... che, ¿cómo se llamaba ese bosque?

—¿Cuál?, el de... ¿el bosque de Sherwood?

—No, ése era el de Robin Hood.

—¿Robin Hood no era el compañero de Batman?

—No, el compañero de Batman era Mandrake.

—¡Si Mandrake era un mago!

—¿Y qué tiene? Además era el ayudante de Batman.

—... ¿seguro?

—Claro, ¿para qué te contaría mentiras, eh? ¿Querés que siga?

—Y, sí...

—El bosque quedaba en Transilvania...

—Che, no jodas, ¿Transilvania no era donde vivía el Conde Drácula?

—Vos tenés todo mezclado. No prestás atención a lo que te cuento y se te mezcla todo. Transilvania queda en Estados Unidos... si me vas a cuestionar todo mejor me callo.

—Sí, mejor.

—... ahora no me callo nada.

—Te callás porque no querés contarme el cuento, porque no lo sabés.

—Claro que lo sé; ahí te va, cierta noche, Caperucita estaba cerrando su famoso restaurante...

—¿¡Su famoso restaurante!?

—Sí, cuando de repente recibió una llamada telefónica...

—... era uno que le avisaba que vos le estabas haciendo bolsa su cuento.

—No, era su mamá, que le pedía que pasara de la abuelita a dejarle algo de comer. Le dijo así: “Blancanieves...”

—¿¡“Blancanieves” le dijo!?

—Sí, “Caperucita” se llama el cuento, pero a ella le encantaba que le dijeran “Blancanieves”. Entonces el tío le dijo así...

—Che, ¿no era la mamá la que estaba en el teléfono?

—¡Nunca dije que fuera la madre... por favor, prestá atención! Dejáme seguir, le dijo así: “Blancanieves, cuando cierres tu famoso restaurante lleváale algo a tu abuelita que recién me habló y dice que está con un hambre terrible”.

—¿Y por qué la abuelita no la llamó directamente al restaurante?

—Porque se le olvidaba el número.

—¿Y por qué no lo tenía anotado en un papequito al lado del teléfono?

—Porque el lápiz se lo había prestado a un humilde cazador.

—¿El que aparece al final del cuento?

—Exactamente, que fue el que atendió el teléfono.

—... che, ¿no lo había atendido la misma Caperucita?

—¿Quién? ¿Blancanieves?

—Sí.

—No creo, ella no tenía teléfono.

—¿Y dónde recibió la llamada si no tenía teléfono!?

—Ahí está la gracia, escuchá, entonces el humilde cazador le dijo a la mamá...

—¿Por qué era “humilde cazador”?

—Porque si hubiera sido rico tendría empresas pero no sería cazador. Ahora calláte y dejáme contar-te el cuento.

—... ¿no tenés otro? no entiendo nada.

—Porque no prestás atención. Entonces el humilde cazador le dijo: “Mire, señora, su hija se fue a un baile a que le probaran un zapatito”.

—¿Ése no es el de Cenicienta?

—No, en el que hay un baile es en el de Pinocho.

—En el de Pinocho nunca hubo un baile, porque él no era como los demás niños.

—El que no era como los demás niños era Frankenstein.

—¡Pero si él era un monstruo!

—Por eso no era como los demás niños, ¿querés que siga o cambio?

—... y no, seguí...

—Entonces la abuelita le dijo...

—¿Qué abuelita? ¿No estaba hablando con la mamá?

—¿Ves? No atendés. ¿No te dije que la mamá era sorda?

—¿Sorda?

—Y claro, le habían hecho una operación, pero no quedó bien.

—¿En el cuento dice eso?

—Por supuesto, yo nunca te mentiría. Sigo. Entonces le dijo: “No importa, yo igual la llamo después, no se olvide de darle mi mensaje”. Pero ni bien colgó, el cazador ya se había olvidado y ese mismo día la abuelita hubiera muerto de hambre... si no fuera porque pasó un lobo y se la comió. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. ¿Te gustó?

—... al medio no lo entendí, pero estuvo bueno.

—¿Qué parte?

—La de los ladrones que entran a la pizzería.

—Porque no prestás atención. Mañana te cuento otro.

EL PIEDRAZO

Resulta que yo había comprado una rifa de la cooperadora de la escuela que queda a media cuadra, y había sacado el primer premio que eran cuatro autos, dos casas, tres motos y un cuchillito.

Bueno, con uno de los autos había pasado a buscar a la que ahora es mi novia, para llevarla a pasear. A ella se le había ocurrido traer el termo y el mate, así que nos fuimos a tomar unos mates a la playa. Ella me gustaba mucho, pero mucho en serio, y quería impresionarla con algo. No se me ocurría con qué. Entonces vi que había unas piedritas, le devolví el mate y le dije: “Mirá, vas a ver qué lejos llego”. “¡Ay, dale, me encanta!”, dijo ella mientras cambiaba la yerba. Yo no quería que el piedrazo se quedara por ahí cerca nomás, así que tomé carrera y la tiré con todo. Nos quedamos mirando para ver el chapuzón de la piedra en el agua, pero nada. Por más que miramos, no la vimos caer. Tiré de nuevo. Pero, otra vez, no vimos dónde caía. Bueno, nos pareció raro; pero no le hicimos caso. Seguimos charlando de nuestras cosas, ahí medio fue que me declaré. Terminamos de tomar mate y nos fuimos.

Al otro año, de nuevo se me ocurre invitarla a pasear a esa playa para festejar que hacía un año que estábamos de novios. Llevamos mate, todo igual que la otra vez. En eso estábamos de lo más tranquilos, cuando ¡páfate! a ella le pegan un pedrazo en la cabeza. Me levanté hecho una fiera, para ver quién había sido el bruto. Pero no había nadie. La playa es amplia y se ve lejos. ¿Entonces quién había sido? Y ahí me di cuenta, ¡era la piedra que yo mismo había tirado el año pasado! Había dado la vuelta al mundo y le pegó en la nuca a mi novia. Le expliqué y ella gritó: “¡Entonces agacháte que debe estar por llegar la otra!”. Tal



cual, menos mal que nos agachamos porque al ratito nomás, ahí delante de donde estábamos, pegó el otro piedrazo.

Después seguimos tomando mate lo más tranquilos porque había tirado dos nomás, que si no nos teníamos que ir.

